

Mariano Nava,
El blues de la cabra mocha.
Mérida, Venezuela, 1995.

José Pérez

Mariano Nava habita una casa nueva que no conozco. Sin embargo, sé de sus ojos porque detrás de un cristal grueso —el grosor necesario después de tantas páginas descubiertas palabra tras palabra—, se sumergen y escurren en las calles siempre adorables de la Mérida de Venezuela. Algo encuentra en esa atmósfera de comarca mágica y dolida. Para él no hay jaguares ni danzas, mucho menos bailarinas bochornosas e insípidas. El sabe de los telones y se ampara en esa, su observación retinosa. Asiste al mundo como testigo hasta que se diluye en la noche con ese, el otro mundo de los inmortales. Plinio. Apuleyo, Góngora. Bernal Díaz del Castillo. Juan de Castellanos. Homero. No importa a cuál acuda ni en qué orden; todos convergen hacia su tacto. Mariano sorbe noche a noche y al lado de Blanca, su compañera, esa única embriaguez que se atreve, la de la fuente clásica en que ha crecido. Junto a sus padres recorrió durante la adolescencia a Europa, América del Norte y a América del Sur. Supo de museos, reliquias, mitos y hombres despellejados en el avatar absurdo de una postmodernísima cotidianidad del vacío. Tuvo la certeza prematura de que el mundo no es tan distante en sus contrastes: Segundo a segundo, noche a noche, paso a paso, muerte a muerte, los pequeños puntos significantes del universo que hablan, caminan, gesticulan, tropiezan, muerden, se juntan, vociferan, atraen y rechazan entre sí, mantienen un *continuum temporum* que los aniquila irreversiblemente.

Mariano Nava conoce esa zozobra y ese éxtasis. Conoce del vuelo de los aviones, de los trenes mágicos, de las caras risueñas tras la máscara, y se sostiene de la soledad. Conoció una vez a una venezolana llanera-oriental llamada María-Pérez, en quien la belleza pasó ayer como un trueno. Supo que sus manos hacen la memoria del maíz con el secreto de la tierra. Supo que el hombre de maíz fue regalo de la luna ofrendado por el poeta. Mariano Nava tiene la conciencia exacta del hombre dividido en dos tiempos. A esa dualidad difícil le sirve un instrumento incomprensible y transmutante: la palabra. Su juventud habita en una erudición grecolatina impresionante. Abandonó antes de tiempo la cáscara en que fue concebido un día de 1967 y voló grandes y altos siglos hacia el pasado y hoy simplemente afina su palabra como maestro del cuento venezolano de este siglo y, quizás, él represente el mejor narrador joven, de menos de treinta años, en Venezuela, en estos momentos.

Como cuentista ha recibido distinción en al menos cuatro bienales de literatura del país. En El Tigre, Estado Anzoátegui, en Nueva Esparta, en Aragua, en el Zulia. Ha publicado modestamente en algunas revistas, y en alguna oportunidad accedió a una entrevista que le hiciéramos. Por otro ello resulta significativa su primera publicación; el libro de narraciones *El blues de la cabra mocha* (Mérida, Ediciones Mucuglifo, 1995: 46 p.). Se reconoce así a un valioso talento de la literatura que se gesta en la década de los noventa. Los poetas Lubio Cardozo y Ramón Palomares y el novelista Denzil Romero dan fe de la madurez y maestría de este valioso narrador y ensayista que es Mariano Nava, impecable en su labor académica como Profesor Asistente de la Cátedra de Griego en la Universidad de Los Andes, Mariano Nava esconde bajo su modestia al abogado graduado y al *magister scientiarum* en Filosofía que ostenta. Además, conoce y domina otros idiomas. Valga este breve perfil del hombre para cuanto se puede calibrar de su prosa narrativa. *El blues de la cabra mocha* comprende ocho cuentos. En cada uno

de ellos recrea atmósferas de la cultura universal imbricados con nuestra realidad contemporánea. La explotación petrolera, con su hado mágico y nefasto, de comienzos de siglo en el estado Zulia, en el cuento "El blues de la cabra mocha", se manifiesta a través de un lenguaje barroco que sobrecarga de referencias al incidente mismo que justifica la anécdota: "Esto sin embargo, esto sería más grande, que la destrucción de Alemania y Austria-Hungría juntas, más grande que la derrota definitiva del Kaiser y Mussolini, más grande que el puente de Brooklyn y la Estatua de la Libertad una encima del otro y él estaría en el centro de todo cuando el mundo lo supiera, gracias a la Venezuela Oil Concessions"(p. 29). Qué manera de personificar al petróleo venezolano. El peculiar síntoma de la transculturación y el mestizaje del Caribe americano encuentra sus matices en el cuento "La coronación" y sus luces y absurdas pérdidas en "Cubagua". En el primero y con humor e ironía, recrea un encuentro mítico de una ceremonia de convidados que nos descubren *las venas abiertas de América Latina*, como en el estudio de Galeano " ... un eco de exclamación retumbó en el bohío al ver que de aquella luz brotaban las manos mismas de Changó y Yemayé y tomaban la corona entre sus dedos morenos y se aprestaban a ceñírsela, y él, sereno, consciente de su propia apoteosis, colocó presto su cabeza ante el asombro y el éxtasis y los ojos muy abiertos de Mohammed Alí, de Mandela, del Negro Primero, de Cunda Quinte, del Pollo Israel, de Martín Luther King, de San Benito, del Rey Pelé, de José Leonardo Chirinos, de San Martín de Porres, de Kid Pambelé, de Magic Johnson, de Malcolm X. y Wilfredo Vargas que entre atónitos e incrédulos coincidían en las primeras filas, y él, ceñido con el oro y la púrpura, se levantó parsimoniosamente, abrió su bamba grande y hermosa y pronunció: "Dios me la ha dado ¡Pobre de quien me la quite". (Pág. 25). En el segundo, las ruinas de Nueva Cádiz convocan a la metáfora del país que sin memoria, declina en una extraña "inexistencia" de sí mismo. Otra vez el narrador logra el efecto deseado con el potente lenguaje que domina: "la princesa Orocomay, quien sentada en el centro de aquel infier-

no insular los aguarda impaciente y presidiendo el estruendo y desenfreno del areyto: los hombres desnudos y tatuados danzan y liban en cráneos de hombres blancos..." (p.45)

El prólogo de esta obra corresponde a nuestro apreciado Poeta y Crítico Lubio Cardozo, y en él precisa las coordenadas de *El blues de la cabra mocha*: El pasado, el humor, los espacios traspuestos, la fábula prisionera del potente lenguaje de Mariano Nava y el placer que deja la lectura de sus relatos. De esta manera celebramos este inicio talentoso de quien ya se perfila como uno de nuestros más destacados narradores contemporáneos, no sólo por los premios obtenidos a fuerza de silencios y humildad, sino por la huella reveladora que nos deja a su paso.

